

su telaraña de préstamo y usura, para cazar las moscas cristianas que se pongan á su alcance. Su frente se inclina al peso de la reprobación universal; agobiados con impuestos y oprobios, cuentan los años por las persecuciones sufridas: en ellos se ensañaron los emperadores paganos, Domiciano, Tito; los cristianos, Constantino, Justiniano, Heraclio; Mahoma los cubrió de desprecio; los magos persas los expulsaron. Habiendo crucificado al verdadero Mesías, fueron juguete de varios mesías apócrifos, que los mantuvieron en continuas alternativas de desesperación y esperanza. Cinco siglos después de derramar la sangre del Justo, equiparan á la ley mosaica la compilación del Talmud, y ésta les da la consigna de odiar á los cristianos, de empujarlos cuando estén al borde de un precipicio. Lentamente, recibiendo las piedras que el pueblo les arroja, los bofetones con guantelete de hierro que los señores imprimen en su rostro el día de Jueves Santo, va fermentando en su alma el odio callado y sombrío que tan de mano maestra pintó el gran trágico inglés: no les basta arruinar al cristiano, quieren inauditas represalias: ya no piden oro; reclaman, como el Silock de Shakspeare, carne humana: en la historia de los siglos medios abundan procesos horribles, niños cristianos robados por los hebreos para crucificarlos con espantosos refinamientos de martirio: son tantos y tan unánimes los testimonios, que apenas cabe dudar de la aterradora autenticidad del hecho: el pueblo se venga con degollaciones en masa, con hecatombes de judíos: los reyes tratan de salvar á miles de desventurados; pero la más especial protección á tan detestada raza la dispensa la Iglesia: para el hebreo, como para el eclesiástico, es perpetua la *tregua de Dios*. Sólo en Italia se le permite adquirir tierras y poseerlas: únicamente en los Pontífices hallan benigno amparo: Gregorio IX prohíbe que los maten; Clemente IV los defiende contra la fanática cruzada popular de los *Pastorzuelos*, que quería exterminarlos; Alejandro II felicita á los Obispos de las Galias por no haber consentido que los cruzados maltratasen á los hebreos, añadiendo que los protegía — « por caridad cristiana, y á imitación de sus predecesores ». — Inocencio III, y más tarde Clemente VI, prohibieron que se obligase á los judíos á recibir el bautismo contra

su voluntad. Un santo, Hilario de Arles, mostró tal caridad hacia los judíos, que cuando murió siguieron su féretro llorando. Á su vez los Concilios respetaron la conciencia de los hebreos, prohibiendo el empleo de medios coercitivos para lograr bautizarlos.

Fué la Iglesia, en toda ocasión, poder civilizador y humano por excelencia: para esforzar y patentizar esta verdad, consideremos lo que hizo de la nación en que más directamente influyó; lo que supo hacer de Italia. Quien acuse á la Iglesia de tentativas de dominio teocrático absorbente y exclusivo, puede desengañarse leyendo la historia de los países sometidos al Papado. Allí se formaron primero los municipios y se conoció la libertad. Mientras en otras comarcas el poder señorial ahogaba las tímidas comunidades nacientes, ó renacientes, por mejor decir, Italia no pierde ni interrumpe la tradición de las suyas, y ve alzarse en su seno florecientes estados, prósperas repúblicas. La organización de las ciudades de Toscana y Lombardía se ajustó al modelo de las antiguas romanas: creáronse magistrados, que eran al par jueces, administradores y capitanes: hubo asambleas soberanas que decretaran, como el antiguo Senado, guerras y paces; los jefes electivos se llamaron cónsules. Donde se respiraban tan precoces auras de libertad, también se manifestó tempranamente el movimiento emancipador de los siervos. Á mediados del siglo XIII, Bolonia declara que en una ciudad libre no debe haber sino hombres libres, y da por rescatado á todo siervo — « á honra de nuestro Señor Jesucristo ». — Imitaron el ejemplo de Bolonia no pocas ciudades más, y ya se deja entender por estas señas cuán escasa vitalidad poseyó en Italia el feudalismo, combatido, vencido y dominado por fuerzas superiores, las ciudadanías, el estado llano y el comercio: comercio viatorio, armado, militar, base de una aristocracia no inferior á la feudal en consideración y orgullo, pero en sus privilegios menos onerosa. Para impulsar el comercio, era preciso armar flotas, arrostrar peligros, limpiar de piratas las costas, y constituir, en vez de las trémulas y atrasadas villas feudales, ciudades bellas, abundantes y hospitalarias, gallardamente tendidas al borde del Adriático y del Mediterráneo; emporios de riqueza y arte, cuna del Renacimiento. Y como todas ellas recla-

maban ser presididas por alguna autoridad, no impuesta violentamente, sino aceptada de grado y por convencimiento, ejercieronla los Obispos. Era el Obispo protector nato de la ciudad; él había salido, en los angustiosos momentos de la invasión, á presentarse al jefe bárbaro, á amansarlo; él inventó el paladio, el estandarte de la ciudad italiana, la carroza tirada por bueyes; él tomaba parte en las aflicciones y en las glorias del Estado, de las cuales dependía el esplendor de su Sede, y por eso miraba los intereses de los ciudadanos como propios. Mas el influjo episcopal se originaba de otro superior; del pontificio. Moralmente, el Papa regía y unificaba tanto chico estado como en Italia se formó, y era verdadero soberano, con soberanía espiritual; por él se respetaban entre sí y se guardaban fe y lealtad potencias pequeñas y envidiosas. Ofrecieron las provincias del mediodía de Francia ejemplo de una organización análoga á la de las ciudadanías italianas; pero faltóles el suave freno del Pontificado, y la herejía y la licencia ahogaron en germen su civilización. Sabedora Italia de lo mucho que al Pontificado debía y del estrecho vínculo que la ataba á la Santa Sede, identificó la causa pontificia á la nacional. Al protestar Gregorio VII contra las investiduras dadas por los legos, se apoyaba en la opinión popular: el pueblo le sacó de la prisión en triunfo. Si los Emperadores, enemigos del Papado, elegían un antipapa, la execración general caía sobre el intruso: la crónica de Suger nos dice que fué el pueblo de Roma quien — « enamorado de la grandeza y liberalidad de Calixto II » — se apoderó del antipapa Burdino, hechura de Enrique V, y montándolo en un camello y vistiéndole manto de pieles de macho cabrío crudas y sanguinolentas aún, lo llevó humillado á los pies del Papa. Lo más digno de nota es que esta soberanía democrática de los Papas no cayese en exceso alguno de los que suelen manchar y afean la libertad: padres del pueblo, no complacientes padrinos, se mostraron los Pontífices. Cuando el demagogo reaccionario Arnaldo de Brescia logró con sus predicaciones restablecer en el monte Capitolino la república romana, en los Papas encontró dique la marea sediciosa: mientras, por lógica aunque singular evolución, la algarada republicana de Arnaldo y sus secuaces concluía pidiendo y aclamando

por único y absoluto señor de Roma al César alemán: es decir, haciendo retroceder á Italia cuatro siglos, queriendo atarla de nuevo al rollo feudal y al extranjero yugo. No fué vencido el feudalismo sin lucha: es más: tal vez su porfiada resistencia impidió la constitución permanente y definitiva de la nacionalidad italiana. Italia no consintió que arraigase en su suelo la planta feudal: los municipios, más poderosos que la nobleza, la echaron de sus nidos de águila, obligándola á bajar á la ciudad, á ponerse en contacto con el estado llano; si el señor resistía, la ciudad arrasaba su castillo. En cambio, el noble adquiere prestigio militar sin salir de la misma ciudadanía: la nobleza, aislada en otros países, se muestra social en Italia. Pero al lado de Italia, separado de ella sólo por la natural frontera de los Alpes, se alza, armado hasta los dientes, blindado de hierro, el coloso del feudalismo, en ninguna parte más pujante que en Alemania; porque Inglaterra y Francia lo contrapesaron con la monarquía, y en España á la monarquía se unieron, para templarlo, un régimen municipal muy sabio y progresivo y la guerra popular y nacional de la reconquista, mientras en Alemania la cúpula gigantesca de la majestad cesárea descansaba sobre columnas de granito, sobre rudos barones semejantes al de la *mano de hierro* descrito por Goethe. Como enorme masa, se despeñó contra Italia el feudalismo germánico.

Tras de los Alpes resonaron por vez primera los nombres de *güelfos* y *gibelinos*, que costaron á Italia tanta sangre y discordias. El hijo de un compañero de Atila, Welfo, cuyos descendientes llegaron á duques de Baviera, dió nombre á los *güelfos*; el castillo de Weibling, solar de los condes de Hohenstaufen, á los *gibelinos*. Ambas casas se disputaban el Imperio, y gritos de guerra de sus ejércitos fueron Welf y Weibling: voces que presto habían de repetir los ecos de Italia, país del cual no apartaban sus ojos los emperadores alemanes. En prenda de la codiciada soberanía, usaban el título de *reyes de romanos*; distribuían feudos en Italia; rodeaba su frente el aro de hierro de los antiguos monarcas lombardos; en suma, se atribuían todos los fueros de la realeza en la península latina, renovando la aspiración á la monarquía universal, el dorado sueño de Augusto,

Teodorico y Carlomagno. No les faltaban partidarios en Italia misma : de Roma les llegaban mensajes llamándolos á devolver al Imperio el esplendor de los tiempos de Justiniano y Constantino; y acaso pudieran realizarse sus vastos planes, tantas veces frustrados, si la desmedida ambición de los césares no pretendiese, amén del dominio temporal, el espiritual; si no intentase transformar al Vicario de Cristo en lugarteniente del Imperio; y no hubiese patentizado sus miras absorbentes y tiránicas en la cuestión de las investiduras. Al arrojar la careta los césares, el duque de Baviera Güelfo, que vivió en casto himeneo con Matilde, la bienhechora de la Iglesia, mantuvo la causa del Papa, y los antiguos nombres de *güelfos* y *gibelinos* sirvieron en Italia para distinguir á los adictos á la Iglesia y al Imperio.

Continuación de la pugna de las investiduras fué la que ocasionó el legado de la condesa Matilde. Al ver que sus feudos pasaban á la Santa Sede, el emperador de Alemania trató de recuperarlos á viva fuerza : nunca pudieron los Papas convencerse mejor de que el pueblo estaba por la Iglesia y con la Iglesia. Se reprodujo, hasta con coincidencia de nombres, el drama de Gregorio VII : Gelasio II fué arrastrado de los cabellos por otro prefecto Cencio, y el pueblo rompió las puertas de su cárcel : Calixto II vió á las turbas traerle arrastrando al antipapa imperialista, y el homenaje de los leales normandos, que corrieron á ofrecer al Papa su asistencia, fué parte á que Enrique se aviniese al concordato de Worms, en el cual la Iglesia, con entero desinterés, sólo puso empeño en asegurar la independencia espiritual, mientras el César se reservaba las ventajas materiales y políticas. En breve murió Enrique V, extinguiéndose con él la Casa Sálica; su sucesor, el sajón Lotario, se mostró más propicio á la Iglesia : en pos de él, ascendió al solio el primero de la célebre estirpe de Hohenstaufen, Conrado; y aunque jefe de una casa esencialmente feudal, se asoció al épico acontecimiento que más contribuye á aniquilar el feudalismo : las Cruzadas. Llevóse tras sí Conrado la pesada caballería teutónica, la que abandonada en el desierto por sus guías griegos, fué hostigada, envuelta, destrozada por los turcos; y el Emperador, que no pudo consolarse del desastre, se volvió á morir á Europa, dejando el po-

der al héroe legendario que personifica el feudalismo : Federico Barbarroja. Dotado de las cualidades eminentes que requería la representación del imperio, brazo incontrastable, mente alemana, perseverante y soñadora á la vez, se creía, con fe profunda, heredero legítimo y directo de los césares romanos y del César carlovingio sepultado en Aquisgrán; instruido, elocuente, robusto y temerario, en él encontró Alemania el suspirado mesías del cesarismo. Recién coronado, llámole con dulce reclamo la italiana sirena : en la dieta de Roncaglia, los juristas de Bolonia le reconocieron sucesor de Justiniano; y su primer acto de autoridad fué encender las llamas que consumieron al agitador Arnaldo de Brescia. Breve fué sin embargo el período de concordia entre el Emperador y el Pontífice; Barbarroja aspiraba, como sus antecesores, al señorío absoluto de cuerpos y almas; Adriano IV defendía, como los que le precedieron, la independencia de Italia y la libertad espiritual. Al indisponerse con el Papa, Barbarroja se enajenó el afecto de toda Toscana y Lombardía; despertáronse los fieros instintos del opresor feudal, y viéronse las villas quemadas y arrasadas, los hombres mutilados, atados los niños á las máquinas guerreras para que los padres no se atreviesen á emplear en la defensa armas arrojadizas; una gran ciudad, opulenta, hermosa, es demolida, sembrada de sal, y los milaneses vagan sin hogar ni asilo, encendiéndose en vengadora cólera los pechos italianos. Elévase entonces la protesta patriótica, la liga lombarda : únense todas las ciudades contra el opresor; el Papa bendice la confederación; y el estado llano, los artesanos y mercaderes, se dan tal arte en esgrimir la espada, que triunfan de los agueridos alemanes; cogen prisionero al hijo de Federico, Otón, y el arrogante Barbarroja se ve compelido á doblar el cuello, y á prosternarse en Venecia ante un Papa de plebeyo origen, á tenerle el estribo y llevar del diestro su montura.

Tan adverso á Federico como la paloma del Espíritu Santo, fué el león de bronce de Enrique de Sajonia : venció Barbarroja al poderoso duque, pero enflaqueció su propia autoridad al conseguirlo. Ya Adriano IV, burlándose de que la casa de Suabia aspirase á la monarquía universal, observaba cómo el nieto de los reyezuelos

teutónicos, pretendiente al cetro del mundo, apenas era capaz de someter á los rebeldes magnates de su reino, ó á la salvaje tribu frisona. Federico Barbarroja, el perseguidor de la cristiandad, protector del antipapa Víctor y enemigo de Adriano IV y Alejandro III, mudó de rumbo á última hora, quiso morir santamente, y al oír que Saladino era dueño de Jerusalén y de la Cruz de Cristo, tomó las armas á los sesenta y ocho años de edad, envió un cartel de reto y desafió al sarraceno victorioso, emprendió la ruta de Palestina, llamó *perro* al emperador de Constantinopla que le negaba el paso por sus Estados, abrióse camino con las armas, derrotó al sultán de Iconio, y cuando comenzaban sus triunfos, perdió la vida por bañarse en las aguas del Cidno, funestas á los conquistadores. Nadie sabe á punto fijo dónde reposan las cenizas del gran Emperador; según las leyendas alemanas, Barbarroja no ha muerto todavía; duerme dentro de vetusto torreón desierto, en áspera montaña, armado de todas armas, y recostado en una mesa de piedra, en torno de la cual se enrosca nueve veces la barba descomunada que blanquearon los años. Cuando despierte, colgará el escudo de un árbol seco, y el tronco reverdecerá, y la justicia reinará en la tierra. Así inmortalizan los pueblos á los que representan y encarnan sus ideales.

Con todo, no es Federico la figura ni el carácter más importante del siglo que termina con él. Sobre la personalidad de Barbarroja, de Ricardo Corazón de León, de Saladino, se destaca la del hombre que, cual Hildebrando en el Siglo XI, defiende en el XII la independencia de la Iglesia: Tomás Becket. Solía en la antigüedad ir unido un mito á la historia del nacimiento de los héroes: en la Edad media es frecuente que la adorne una novela. La de Tomás Becket es novela de amor, harto más honesta, poética é interesante que la de Abelardo. Una beldad musulmana, prendada y no correspondida de un cautivo cristiano, le sigue cuando recobra la libertad desde los Santos Lugares hasta Inglaterra: no sabe pronunciar en lengua occidental más que dos nombres, el de la villa de Londres, adonde se dirige, y el de su amado Gilberto; pero estos nombres los repite y grita sin descanso, y sola, pobre, mendigando casi, consigue encontrar la villa y el hombre que busca, y logra bautizarse y desposarse con

él. De su matrimonio nació un hijo que reunía á las sólidas cualidades de la raza sajona las brillantes dotes de la semítica. Á despecho de su origen, Tomás Becket pudo, merced á su educación selecta, convivir con las refinadas gentes de la casta dominadora, agradar á los normandos, y escalar los más elevados puestos de la jerarquía civil. En su mocedad, nadie hubiera creído que algún día se revelase santo y héroe: era alegre, insinuante, obsequioso, cortesano, dado al placer y al lujo; preceptor del hijo de Enrique II, vestía fastuosamente, tenía á sueldo una escolta de caballeros armados, recamaba el oro los arneses de sus monturas, su vajilla merecía servir para la mesa de un emperador. Lisonjeábale la grandeza, y el Rey, que le amaba mucho, declaró su propósito de concederle el primado de Inglaterra. Al saberlo, Tomás se sonrió, y señalando su magnífico atavío, su toca de plumas con cintillo de diamantes, su puñal curioso incrustado de pedrería, sus curvos y afeminados zapatos. — « Repara — dice apaciblemente al monarca — á qué hombre edificante quieres encomendar tan santo cargo. Además, tú tienes respecto de la Iglesia miras que yo no secundaré; si llego á arzobispo, pienso que dejaremos de ser amigos. » — No le hizo caso el Rey, y mal de su grado, le sentó en la silla de Cantorbery, de heroicas tradiciones, ocupada un tiempo por el santo Elfeg, — el que prisionero de los dinamarqueses no quiso gravar al país pidiendo dinero para su rescate, y prefirió ser martirizado antes que dar á los paganos carne de los fieles, oro de los pobres. — Apenas fué consagrado el cortesano canciller para la sede primada, los que le vieron no le conocían. Habíase despojado del soberbio ropaje, y desamueblado el suntuoso palacio; roto con los encumbrados comensales, y hecho amistad con pobres, mendigos, sajones, con la raza oprimida y vencida. Á imitación de los siervos, usaba grosera hopalanda, vivía de agua y legumbres, tenía aspecto humilde y contrito, y sólo para el pueblo se abría la sala de sus festines, y se gastaba su hacienda. Nunca hubo más repentino cambio de vida, ni que de una parte excitase más enojo y de otra más regocijo. Los barones, condes y reyes, amigos ayer de Tomás, se tuvieron por burlados; pero las gentes humildes, el clero bajo, los

monjes, los sajones plebeyos, no sabían cómo reverenciar al Arzobispo. Tornóse la amistad del monarca en violenta aversión; vió un enemigo en su antes predilecto favorito, y comenzó la lucha sin tregua en que la personalidad moral de Becket fué creciendo á cada nuevo ataque y sublimándose hasta las esferas del heroísmo. Cuando los señores normandos, reunidos en el Consejo privado del Rey, le llaman traidor y perjuro, se despiertan en Becket reminiscencias del pasado, y mirando desdeñosamente en torno suyo, pronuncia una frase caballescaca: — « Si mis sacras órdenes no me lo vedasen, yo sabría responder con las armas á quien me llama traidor. » — Mas cuando los conjurados llegan para quitarle la vida, ya Tomás ha aceptado el cáliz amargo de la pasión: quieren hacerle confesar que su poder viene del Rey, y afirma y se ratifica en que la potencia espiritual sólo procede del Papa: cien veces puede huir, evitar la muerte; mas no lo hace, y espera el golpe al pie del altar mismo. Sin embargo, al llamarle los verdugos con el adjetivo de *traidor*, Becket no contesta; al vocear por el Arzobispo, preséntase sosegadamente y ofrece su cabeza al filo de las espadas y hachas. El pueblo le lloró, y le veneró martir, antes de que la Iglesia le canonizase; la penitencia y humillación del Rey ante su tumba, fué victoria de la justicia sobre el poder y la fuerza. Arrodillado al pie del sepulcro del Santo, el descendiente de Guillermo el Conquistador recibió en sus espaldas la disciplina, penitencia de su crimen, administrada por los descendientes de los siervos sajones. La corona de Inglaterra fué desde entonces feudo de la Santa Sede.

¿En qué consiste la grandeza de santo Tomás Cantuariense? Seguramente no hay cosa más común en aquellos siglos que padecer un hombre muerte violenta, de orden ó por instigación de un monarca: pero el mártir sajón encarnó dos altas ideas: la independencia espiritual, la libertad de una raza mediante Cristo. Heridas y asesinadas en él ambas ideas, le sublimaron. No instituye al mártir el hecho material de derramar su sangre, sino la causa que á derramarla le mueve y determina. La Edad media prodigó donde quiera, en guerras continuas, en empresas á veces insensatas, el rojo licor que discurre por las venas del hombre: y con todo eso,

entre tanto arroyo de sangre, corren algunas gotas de la de Tomás Becket, y deciden la suerte de un reino, y establecen los fueros de la Iglesia. Por eso decimos de Becket que fué el grande hombre del siglo XII.

Existe hoy una escuela histórica que regatea su gloria á los grandes hombres: un escritor contemporáneo, un fatalista, Heriberto Spéncer, es todavía más radical: niega rotundamente su existencia: lo que suele llamarse un grande hombre, no es, según el cerrado determinismo del sociólogo británico, sino un producto de la naturaleza exterior y de circunstancias especiales y extrínsecas: si las modificamos, el prestigio del grande hombre se desvanece. Rechacemos esta teoría mecánica, que hace de la historia un engranaje, y autómatas de sus figuras más bellas y nobles. Es evidente que el grande hombre está en relación de armonía con la atmósfera que respira y la edad en que nace: á no creerlo así, fuera absurdo trazar el cuadro de la Edad media antes de referir la vida de un santo que en ella existió. Nadie se tenga por independiente de su época, de su patria, de su raza y familia, de la enseñanza que ha recibido, de cuanto fué germen y alimento de su cuerpo y de su espíritu. Pero dependencia no equivale á esclavitud: las circunstancias influyen en el grande hombre sin coartar su albedrío; el grande hombre á su vez modifica y causa circunstancias, sucesos é ideas: reciproca acción que importa tener en cuenta para interpretar rectamente la historia y la biografía.

El grande hombre, individuo eminente que representa una época, una idea, un pueblo, es clave de la historia. Hay siglos que se explican con pronunciar un nombre. Si de la historia borramos las extraordinarias personalidades que la llenan, aniquilaremos la severa ciencia que por medio de lo pasado alecciona al porvenir. De pueblos muertos, envueltos en las tinieblas de edades remotas, llega hasta nosotros un conjunto de sílabas, un sonido, el nombre de un héroe, y alcanza á darles existencia histórica: millones de individuos vivieron, se agitaron en esos pueblos, pero uno sólo los redime de la noche eterna del olvido. Si abstraemos de cada época los individuos que la caracterizan, pasará inadvertida, sin fisonomía ni color. Son las épocas tanto más grandes, cuanto

más hombres eminentes engendran; y la magnitud del grande hombre se mide, no tan sólo por la que en sí valga, sino principalmente por los resultados de su acción, por el número de ideas que origina y comunica. Abarca el grande hombre los conceptos generales de su edad, mas los particulariza, los sella con su propia marca, al modo que Dante, comprendiendo en su poema las tradiciones de la musa antigua y de la musa popular; reuniendo y recogiendo aquí, y allí, y doquiera los disociados elementos de su obra titánica, los unificó, y al escribir el libro más original é inimitable, reflejó en él, cual en claro espejo, toda la Edad media. Así es que cuando surgen hombres como Dante, como Colón, como san Francisco de Asís, tan pronto parece que sus pensamientos son genuinos, nuevos, únicos, y que nadie hasta entonces los había concebido ni expresado, como estudiando detenidamente la época y lugar en que vivió, las necesidades que remedió su aparición, el movimiento que produce, se advierte que el grande hombre correspondió con una idea general, latente y enérgica en los tiempos y pueblos á que pertenece.

Cabalmente, la falta que hacen en el mundo es base del pedestal que erige la sociedad para elevar á los grandes hombres: la humanidad los reclamaba, y llegaron á punto de servirla. No aparecerá un Miguel Ángel, ó un Virgilio, entre vándalos y ostrogodos, ni tampoco lo han menester tribus que desempeñan en el drama histórico papel negativo y destructor: Alarico, Atila, son los personajes que convienen al bárbaro. Tal consonancia entre la función que ejerce y la sociedad en que vive, inspira al hombre ilustre aquella fe en sí mismo, aquella seguridad completa del éxito, que claramente revelan sus dichos y actos. Alarico se sentía guiado por la mano de Dios al arrojarse á destruir los estados paganos: otro hombre bien diferente de Alarico, san Francisco de Asís, decía: — « No soy yo, es Jesucristo en persona quien ha dictado mi regla. » — Y mancebo aún, en Asís, exclamaba con profético instinto: — « Sé que en lo futuro seré un gran príncipe. » — Certeza absoluta, incommovible, que se funda en la conciencia de llenar un cargo más importante á la humanidad que á sí propios.

Sin pasar adelante, démonos prisa á distinguir entre la

condición del grande hombre á secas, y la del que une á la eminencia el augusto carácter de la santidad. Pocos historiadores atienden á tan importante distinción, y dejan de tener por secundario en el grande hombre aquello que obligó á la Iglesia á colocarlo en los altares. Detengámonos á tratar esta cuestión, que bien lo merece, y veamos si aun desde el punto de vista profano en que el historiador se sitúa, no establece la santidad línea divisoria entre el grande hombre que la alcanza y los que no llegan á poseerla.

Ya se entiende que no nos referimos sino á santos que tengan representación histórica, pues si todo santo es grande moralmente considerado, no así socialmente. Muchos santos hubo, en efecto, que vivieron y murieron sin influir en la marcha de la humanidad, y si la Iglesia los conoció por el buen olor de sus virtudes, como á la violeta por su aroma, la sociedad apenas hizo alto en ellos.

A éstos no aludimos, sino á los que resplandeciendo con claridad vivísima, alumbraron un pueblo, una época, un siglo. Ahora bien: mientras en los demás grandes hombres, al aislar la individualidad de la generalidad, el aspecto privado del social y público; al observar los pormenores de su vida, confunde y desconcierta encontrar, no sólo vicios y delitos, sino miserias; no sólo moralidad dudosa, sino móviles mezquinos, bajezas y ruindades, en el santo advertimos perfecta armonía entre sus pensamientos y sus obras, completa y absoluta fusión de la inteligencia y la voluntad. El santo profesa una teoría, y la practica llevándola á sus últimas consecuencias: por eso, cuando al par que santo es grande hombre, ejerce tan poderoso dinamismo social: porque el contraste de las teorías con la práctica menoscaba y mina la autoridad del grande hombre, y cuando sus admiradores lo notan, instintivamente tienden un velo sobre sus faltas, disculpan sus maldades é inquietan circunstancias atenuantes de sus crímenes. No ha menester el biógrafo de un santo emplear tales subterfugios: el santo crece en luz y resplandor cuanto más de cerca se mira; en él la esfera real no desdice de la ideal. Doble es su personalidad: pertenece al cielo y á la tierra: el pueblo le adora, la Iglesia le canoniza; como el guerrero,

agita las multitudes; como el filósofo, ensancha el horizonte de las ideas.

Natural es que aumente la importancia del grande hombre en razón directa de la dignidad del pensamiento que simboliza; diga lo que quiera nuestra época decadente, el nombre del inventor de una máquina ó de un progreso industrial, no significa lo que el del pensador, el artista, el poeta. Si el invento de Guttenberg le valió imperecedera fama, es que con él pudo la inteligencia multiplicar sus caudales. Convence de la verdad del aserto la casi total oscuridad que cubre los nombres de aquellos que sólo con beneficios materiales contribuyeron al provecho de la especie humana. La humanidad no olvida sino lo que no merece recordarse: rara vez yerra en lo que conmemora. Ni es conspiración tácita de los historiadores el consagrar y repetir siempre ciertos nombres: es que sin darse cuenta de ello, obedecen al sentimiento universal. Pues bien: si meditamos en las causas del respeto y amor que infunde la Edad media, vista no en sus accidentes, sino en su interior unidad, percibimos que toda época se manifiesta eminentemente en sus grandes hombres, y los grandes hombres de la Edad media son los mayores que hubo jamás: son santos.

Santos fueron los que crearon el período histórico que llega á su apogeo en el siglo XIII. Lo crearon en lo que tiene de bueno, de hermoso y sublime: lo depuraron lentamente á costa de combates, luchas y abnegación: es su obra. No hay en él progreso, idea fecunda, principio de justicia ó de amor, que no le haya sido comunicado por los obreros de la verdad eterna. Ellos extirparon la corrupción romana, iluminaron la noche de la barbarie, resucitaron las artes, las ciencias y el derecho. Desde los Eladios y Germanes, que rescataban esclavos, hasta san Bernardo que predica la Cruzada, en todo suceso capital de la Edad media interviene un santo. Hay variedad infinita en los santos: cada esfera social produce los suyos: el trono y la pleble los cosechan con igual abundancia: la Iglesia ensalza y corona desde la virtud más humilde hasta la más brillante y heroica; desde las hembras ignorantes hasta los profundos filósofos; fiel á sus teorías, no distingue de linajes ni de sexos. Y en las

sombras de las primeras épocas medioevales, cuando imperaba la fuerza, así como de los Concilios salía la única voz que hablaba de clemencia y justicia, nació del santo el único ejemplo consolador, el único rayo de luz celestial. Cuando el hombre es mutilado, extendido en la rueda, clavado en palo, atado al potro del tormento, sólo el santo se apiada del mísero siervo, de la oprimida mujer, del abandonado niño, hasta del facineroso y del homicida; porque en su ancho corazón se ha refugiado la piedad, fugitiva de los restantes. En tres palabras puede condensarse la historia de los poderes de entonces: *vino, y destruyó*: sólo la leyenda de los santos contiene rasgos de sensibilidad, lumbre de inteligencia, auras y perfumes de poesía. Narraciones agiográficas nos legó la Edad media que son enseñanzas admirables y simbólicas: la de san Julián el Limosnero presenta la caridad á prueba de sacrificios: la del gigante Cristóbal, el triunfo de la fuerza moral sobre la física; la de la monja que huye de su convento, y á quien la Virgen reemplaza en sus labores porque no se eche de ver la desaparición hasta que vuelva arrepentida, la misericordiosa dulzura de la mujer.

Así como el siglo XIII es apogeo de la Edad media, lo es también de los santos. Ninguna época produjo santos que ocupen tan alto puesto en la historia, de tal suerte, que apenas hay en el siglo XIII esfera de la actividad humana que no dependa de la personalidad y acción de un santo insigne. San Luis, san Fernando, las santas Isabelas de Hungría y Portugal, para la monarquía; santo Tomás, san Buenaventura para la ciencia; santo Domingo, san Francisco de Asís, para la sociedad: hueste de gigantes que llenan una centuria con sus nombres. Escribiendo la crónica de sus santos, está escrita la del siglo XIII.

No obstante, á los personajes honrados con la aureola, es fuerza agregar dos que no subieron á los altares, si bien el uno de ellos se ejercitó en altas virtudes: Inocencio III y Federico II. El ilustre Papa y el Emperador famoso completan el siglo, lo explican, preparan el que ha de seguirle. Federico cifra, no solamente la antigua ambición de los césares, sino la naciente tendencia de la sociedad á emanciparse del Pontificado, los gérmenes

precoces del Renacimiento y la Reforma: si su abuelo Barbarroja fué cristiano todavía, Federico no lo es ya. Inocencio III personifica el poder eclesiástico en su más alta expresión civilizadora y moral: continúa y da cima á la magna empresa de Hildebrando. Á su vez el siglo XII había preludiado al XIII. Con el oleaje de Cruzadas que lo agitó, despertóse lozana y pujante la vida intelectual en la celebrada escuela de París: la de Bolonia, maestra del derecho, reanuda las tradiciones de la jurisprudencia romana, trasmitiéndolas á Oxford, donde aprendían y se formaban hombres como Juan de Salisbury. La filosofía escolástica y la teología toman vuelo con san Anselmo, Abelardo, su contrincante Guillermo de Champeaux, el *maestro de las Sentencias*, Hugo de San Víctor; la ciencia árabe y la rabínica, ponen al servicio de la occidental elementos nuevos; resuena en las escuelas la tenaz y profunda disputa de los *universales*; los estudios se propagan de tal manera, que hasta la mujer aplica á ellos su inteligencia, y el primer filósofo del aula de París enseña á la sobrina del canónigo Fulberto.

Á pesar de tan refulgente aurora intelectual, nubes y sombras empañan el último tercio del siglo XII y avanzan, preñadas de tormentas, sobre el XIII. Exceptuado el arrianismo, ninguna herejía cundió nunca tan rápidamente como la maniquea, que inficionó en brevísimo tiempo el centro de la cristiandad, el norte de Italia y el mediodía de Francia. Frente á la Iglesia católica se alzó otra iglesia, otra jerarquía: su Jerusalén era Albi, su Roma Tolosa, su Papa un bizantino llamado Nicetas, que presidía numerosos conciliábulo de obispos maniqueos. Por su parte los valdenses, contrahaciendo la pureza de la primitiva Iglesia, atraían sobre el sacerdocio católico la ira popular. Y, después de dos siglos de descanso, el olvidado y tremendo azote de las invasiones se disponía á caer otra vez sobre la aterrada Europa. Á orillas del lago Baikal habitaban feroces pueblos nómadas, los mogoles, maravillosamente dispuestos para guerras de exterminio, ágiles jinetes, grandes esgrimidores de sable y lanza, sobrios, crueles, infatigables; apenas sospechaba Europa su existencia, cuando entre ellos apareciera ya un genio bélico y conquistador, el Napoleón de las estepas, Gengiskan, vencedor del vasto

imperio chino, de los turcos, de los persas, y que de tal suerte devastó el Asia, que el poeta iranio exclamó con voz gemidora: — « En tantas comarcas como recorrí, no hallé alma viviente; si por casualidad dí con algún ser humano, en vez de ojos tenía dos arroyos de lágrimas. » — Sujeta al férreo yugo el Asia, los mogoles se volvieron hacia Europa, amenazada ya por las ventajas que iban obteniendo las armas sarracenas: Saladino, victorioso en Tiberiades, poseía á Jerusalén; la muerte de Barbarroja privó á la cristiandad de su campeón más bizarro; su hijo Federico de Suabia, que le sucedió en el mando, murió también á poco, con santa y heroica muerte, más gloriosa que la que causa el hierro enemigo, pero llevándose á la tumba las últimas esperanzas de los cruzados alemanes; unieronse Ricardo de Inglaterra y Felipe Augusto para continuar la obra del titán germánico; pero ya no poseían los cristianos en Tierra Santa más que á Trípoli, Antioquía y Tiro, muy apretadas por las tropas del emir, que proclamando la guerra santa, se disponía nada menos que á invadir á su vez las comarcas europeas, mientras los cruzados, divididos por necias rivalidades, no acertaban á recobrar, mediante enérgicos esfuerzos, el terreno perdido; y aunque las fabulosas proezas del rey Ricardo sembrasen el terror en las mahometanas huestes, y las madres acallasen á los niños pronunciando el nombre del paladín inglés, el cerco de Tolemaida costó arroyos de sangre cristiana, y el arrojado incontrastable que valió á Ricardo el sobrenombre de *Corazón de león* fué estéril, pues no alcanzó á expugnar á Jerusalén. Al distinguir desde lejos los suspirados muros, cubrióse Ricardo el rostro con su cota de malla murmurando: — « Señor, no vea yo tu ciudad santa, ya que no me es dado libertarla de infieles. » — Con este pesar se volvió á Europa, á sufrir entre cristianos dura cautividad, y á plañirla desde el torreón de su cárcel en melancólico serventesio, hasta que un compañero de gaya ciencia, un trovador, oyendo resonar el triste canto, rescata al poeta rey. — Tal era, á fines del siglo XII, el estado de los pueblos cristianos: herejías y discordias dentro, fuera razas enemigas prevenidas á lanzarse sobre ellos; los tártaros desvanecidos con sus triunfos; el Oriente rehecho por Saladino; Bizancio